

Trastornos literarios

VOCES / LITERATURA

Flavia Company

Trastornos literarios



ÍNDICE

TRASTORNOS LITERARIOS

Presunta confesión	15
La despedida	17
En la sala de urgencias	19
No poder ir ni con ruedas	21
El hombre marcado	23
Vida de guía	25
Mi matrimonio	27
La decisión	29
Las cosas por su nombre	31
Tocado y hundido	33
Capicúa	35
La gran emoción	37
Puro deseo	39
Un mundo propio	41
Cabeza sin	43
En pleno vuelo	45
El soñador	47
Como la vida misma	49
Evasivas	51
La herencia	53
Anécdota irrisoria	55
La preja eterna	57
Cierta perfección	59
La última cita	61
Mentiras del exterminador	63
Cosas del destino	65
Dudas con certezas	67
Sin comentarios	69
La lista de Susi	71

De tal palo tal astilla.	73
Hombre exhaustivo.	75
Sórdida fuga	77
Para que no quepa duda	79
Y adiós	81
Nadie es perfecto	83
Redacción: «Mis vacaciones»	85
Vuelta al reino animal.	87
Y cómo es él.	89
Buenos hermanos	91
Yo soy inminente	93
Seguro vendedor.	95
Nueva tierra	97
Feliz navidad	99
Buenos propósitos	101

FRASES (MUY) HECHAS

Abrigar esperanzas	105
Buscarle las pulgas a alguien	107
Calentarle a uno la cabeza	109
Dar la cara	111
Entre la espada y la pared.	113
Faltar un pelo	115
Ganar el cielo	117
Hundírsele el mundo a alguien.	119
Írsele la mano a alguien	121
Jugarse la piel	123
Lavarse las manos	125
Matar el tiempo	127
No caber en la cabeza.	129
Oír llover	131
Partir peras	133
Pasarse de la raya	135
Pensar con los pies	137
Quedarse de piedra.	139
Quedarse en blanco	141
Retormar el hilo	143

Robarle horas al sueño	145
Romper el hielo	147
Saltar a la vista	149
Sembrar la discordia.	151
Ser como de la familia	153
Ser un pez gordo.	155
Tener a alguien en el bote.	157
Tener algo en la punta de la lengua	159
Tirar la casa por la ventana.	161
Untarle las manos a alguien	163
Ver las estrellas.	165
Venderse el alma al diablo	167

LA VIDA EN PROSA

Falsas historias	171
Vidas cruzadas	173
La fuerza del destino	175
Dos mujeres y un destino	177
Mi vida perra	179
Miedo a volar	181
Dulce venganza	183
Feliz cumpleaños, Sánchez.	185
Sin móvil	187
El instante que es la vida	189
De lectura obligada.	191
El viaje de la vida.	193
La culpa del silencio.	195
Descubrimientos.	197
El secreto de mamá.	199
Juegos de fe	201
Con la misma piedra.	203
La sombra de la duda	205
El otro.	207
La maldición.	209
Una diferencia excesiva	211
Esto no es un cuento.	213
El secreto mejor guardado	215

Prisiones alarmantes	217
El bien y el mal	219
Los ojos del pasado	221
La metamorfosis	223
La paradoja	225
Feliz cumpleaños	227
Ficción y realidad	229
El fin de nuestros días	231
Éxito mortal	233
Amor casi imposible	234
Sorpresa ingrata	235
El precio de la vida	237
Último recurso	239
Extraños parecidos	241
Sueños realistas	243
Los amos de la tierra	245
Libros para leer	247
La novela robada	249
La vida en el aire	251
El gran espectador	253
Mi intrusa	255
Triángulos de historia	257
Propiedad privada	259
Las causas y los efectos	261
Diminuto destino	263
Quinto aniversario	265
Justicia particular	267
Juego de niños	269
24 de agosto del Año 79 d. de J.C.	271
Accidentes domésticos	273
Grandes desconocidos	275
Secretos compartidos	277
Amor de juzgado	279
La loca de la cabina	281
El peso de lo mismo	283
Eso era todo	285

TRASTORNOS LITERARIOS

Textos de ficción basados en una figura retórica

PRESUNTA CONFESIÓN

Me lo he dicho todos los días, a todas horas, durante todo este tiempo: tengo que llamarla y contarle que hace más de cinco meses que me tiro a su novio. Siempre hemos hablado claro. Y además ahora estoy embarazada y queremos tenerlo, así que no queda otra alternativa. Tiene que enterarse. Javier se desentiende, que se lo diga yo, dice, y que ya tendría que haberse dado cuenta ella solita. Que le ha dado pistas suficientes. Los hombres siempre tan generosos. El muy... Cojo el teléfono, pues, y marco, despacio, todos los números, uno detrás del otro. Pienso que ojalá no se acabaran, y mientras lo pienso, el teléfono, claro, suena, y al otro lado se oye su voz, la voz de la que hasta este momento había sido mi mejor amiga, así que hago acopio de fuerzas, me aclaro la garganta y digo, textualmente: Hola, que soy... Te llamaba para... En realidad no sé cómo he podido..., quiero decir que, vamos, que..., puedes llamarme lo que te dé la gana, no sé en qué estaría pensando, pero... en fin, estuvimos de acuerdo, claro que yo..., aunque hay que tenerlo todo en cuenta, al fin y al cabo tú..., sin embargo, los principios..., a veces una no es..., quiero decir que una a veces es..., hay cosas que..., quizás el destino... Mi tía abuela decía..., da igual. No

te puedes imaginar las veces que he intentado..., te juro que..., y hoy me he dicho..., y ya ves, aquí me tienes, por fin, no sabes el peso que me quito de encima, aunque... Ya sé que no tengo perdón, tampoco lo pretendía, solo quería que supieras... que lo supieras. Ahora ya está, gracias a Dios.

DIAGNÓSTICO: Aposiopesis. (Figura retórica que consiste en la interrupción brusca del discurso con un silencio porque se sobreentiende lo que se quería decir, por discreción, por prudencia, por desviarse del tema, etcétera).

LA DESPEDIDA

A quienes me encuentren:

El mundo nada sabe de justicia y, por norma general, el fuerte abandona al débil. Y esa ha sido, para mi desgracia, la sentencia que se demuestra con mi vida. Sin embargo, mi muerte vendrá a torcer semejante afirmación. Es el débil, esta vez, quien va a abandonaros. Os apartasteis de mí poco a poco, con la valentía que muestran los afortunados. Me dejasteis solo, arrinconado... ¡Ah, qué clase de amigos he admitido a mi alrededor! Pero debo confesaros que me alegra vuestra miseria: se aprende más de la derrota que de la victoria. Gracias a vosotros, he aprendido a mostrar indiferencia tanto ante el ignorante como ante el soberbio. Habéis sido crueles conmigo. ¿Por qué? A buen seguro mi amor por la verdad y por la coherencia han resultado espejos demasiado duros para vuestra superficialidad. ¡Cuántas veces huísteis de mis palabras! El enemigo más feroz de la cobardía es un lenguaje desatado. Pero cuando el tiempo pasa, pasa para siempre. Ya no recibiréis mis llamadas, ni mis visitas, ni mis cartas. Mi muerte será vuestro olvido en mí y mi recuerdo en vosotros. Alto es el precio de la ingratitud. Este ya tan cercano disparo en la sien será para mí el inicio del último viaje, qué duda cabe.

Solo el silencio de la tumba puede recoger mis más profundos anhelos. Pero dado que me voy el primero, sabed que vosotros moriréis aún más solos que yo. Sinceramente dolido. Adiós.

DIAGNÓSTICO: Apotegma. (Sentencia breve y concisa de carácter doctrinal que enuncia una norma sin ninguna argumentación.)

FRASES (MUY) HECHAS

*Textos de ficción basados en una frase hecha
tomada en sentido literal*

ABRIGAR ESPERANZAS

Pedro Juan era ya todo un hombre cuando, en la sección para caballeros de unos grandes almacenes, conoció a Esperanza. «Te llamas igual que mi madre», le dijo. «Pero igual, igual, ¿eh?» Ella sonrió. «A veces la llaman Espe», añadió él. «Como a mí», contestó ella. Y como si aquellas coincidencias fueran suficientes para entrar en confianza, Pedro Juan se decidió a invitarla al cine. Esperanza aceptó. Y también aceptó, algunas semanas más tarde y siempre en nombre de esa serie de significativas coincidencias que fraguaban una historia de amor sin precedentes, casarse con Pedro Juan. La alegría no tuvo límites cuando, diez meses después, Esperanza madre y Pedro Juan esperaban con impaciencia extrema en los pasillos de la Maternidad el nacimiento del primer retoño. Niña. Otra Esperanza en la familia. Quiso el destino que aquel mismo día, de camino a casa, Esperanza, Esperanza, Esperanza y Juan Pedro sufrieran un percance en carretera a altas horas de la noche. Tuvieron que abandonar el vehículo y quedarse a la intemperie. Nevaba. El frío era inaguantable. Pedro Juan se desembarazó de toda su ropa y la cedió a sus Esperanzas. No iba a permitir que las cobijara otro. «Cada cual las suyas», pensó, y acto seguido detuvo un automóvil. Subió.

Conducía una mujer bellísima que dijo llamarse Milagros. «Te llamas igual que mi hermana», le dijo Pedro Juan. «Pero igual, igual, ¿eh?». Ella sonrió. «A veces la llaman Mila», añadió él. «Como a mí», contestó ella. Aquellas coincidencias fueron suficientes para entrar en confianza. De ahí.

BUSCARLE LAS PULGAS A ALGUIEN

Las pesquisas dieron comienzo hace apenas tres días. Todos han seguido de manera metódica los planes trazados, han respetado horarios y turnos pero, de momento, la búsqueda ha sido infructuosa, así que el número de Baldomero ha tenido que suspenderse por tiempo indefinido. Se ha valorado incluso la posibilidad de poner algún anuncio en el periódico, pero quizá, han pensado los de la compañía, la medida no iba a servir más que para alertar al pueblo en el que tienen contrato para tres semanas. A veces en el grupo cunde el desánimo. «Son demasiado pequeñas. Es imposible recuperarlas», dicen unos. «Hay que hacerlo. Baldomero no puede actuar sin ellas». «¡Pero si desde donde está el público no se ven!», apuntan otros, cansados ya de tanto esfuerzo vano. «Es una cuestión de ética profesional», argumenta Baldomero, ofendido, y luego sigue llamándolas a cada una por su nombre. El liderazgo pasa de mano en mano; nadie quiere dirigir la expedición. Cuanto más las buscan, menos las encuentran y más irritado se muestra Baldomero, de quien todos conocen su pasado violento. (Una vez, una novia suya que sentía un incómodo cosquilleo en el hombro derecho mientras hacían el amor se dio una palmada contundente

y, al levantar la mano, vieron que debajo yacía el cuerpo sin vida de una de las pulgas de Baldomero. Este no dudó en darle el mismo destino a la novia, a quien aplastó no con la mano, sino con la puerta del armario. Las enterró juntas. Pasó en la cárcel 18 años, feliz porque allí recogió un montón de aquellos insectos.) De modo que todos los miembros del circo se han prestado a buscarle las pulgas a Baldomero. Cualquiera no. De ahí.

LA VIDA EN PROSA

*Textos de ficción basados en un titular
publicado en la prensa escrita*

FALSAS HISTORIAS

Joseph era un niño tímido y apocado que se pasaba los días observando con admiración y envidia todo lo que sus compañeros eran capaces de hacer, ya se tratara de la vertical contra una pared, de fumar un cigarrillo a escondidas en los lavabos o de aprenderse un poema erótico de memoria. Todo lo que no fuera mirar le parecía cosa de titanes, heroicidades inaccesibles para él. Sin embargo, cada día, al llegar a casa, sus padres –preocupados por el aspecto siempre demasiado impoluto del muchacho– le preguntaban con interés qué tal día había tenido, qué había hecho en el instituto, a qué había jugado con los compañeros, cómo iba en el equipo de fútbol y demás cuestiones referidas a sus actividades, razón por la cual Joseph sentía que, para ser un buen hijo, tenía la obligación de mentir. ¿Cómo iba a decirles que no había hablado con nadie, ni jugado a nada y que siempre sin excepción estaba en el banquillo? Iniciaba entonces la única acción para la que sin duda estaba dotado –cada día más, gracias a la práctica–: la fabulación. Joseph mentía a diestro y siniestro. Inventaba para sí mismo un liderazgo inexistente, salpicado de anécdotas a cual más espectacular y jugosa, entre las cuales desde luego quedaban incluidos

varios goles individuales, diversas felicitaciones por parte de los profesores, muestras de fidelidad incondicional de sus compañeros y una larga lista de proezas narradas con intensidad y maestría frente a las cuales, naturalmente, los padres quedaban extasiados y convencidos de la indudable valía y del enorme talento de su único hijo.

Cada día, por la noche, cuando se iba a dormir, Joseph se proponía enmendar lo hecho, es decir, se juraba que al día siguiente, tan pronto como se sentara a desayunar con sus progenitores diría la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Pero pasaba la vida, y las mentiras eran cada vez más y las verdades menos, y Joseph se marchó de casa de sus padres y los domingos, cuando los visitaba, seguía mintiéndoles. Y necesitó mentir al mundo entero para que el mundo entero no contara a sus padres la verdad. Y cuando sus padres, ya viejecitos, murieron felices de haber tenido un hijo tan bueno, Joseph se había casado y había sido padre y estaba a punto de ser abuelo. Todas las personas que lo rodeaban querían al hombre que él mismo había inventado y del que ya no quería despedirse porque, a fin de cuentas, no conocía a ningún otro con el que defenderse de él..

TITULAR: «El historiador estadounidense J. Ellis admite haber obtenido toda su fama y su prestigio a base de mentiras».

Tener una hermana gemela no es algo que se escoja –tiempo al tiempo– pero, y eso puedo asegurarlo hoy con una certeza absoluta, es algo que no se elegiría aunque así pudiera hacerse. Me dirán que dependerá del caso, que habrá gustos para todo, que a cada cual le va según su experiencia. Pues no: puedo asegurarles con una convicción incuestionable que, en el fondo del fondo, a nadie le gusta verse repetido y ya desde su nacimiento conocer una de las verdades más aplastantes con las que, tarde o temprano, todos debemos enfrentarnos: no somos únicos.

Tenemos que conformarnos, no obstante, con la suerte que nos toca. De un modo u otro, mi hermana gemela y yo hemos ido cumpliendo años en armonía, si bien es cierto que, en más de una ocasión, al mirarme en el espejo he pensado que yo no era yo, sino ella y, por el contrario, al mirarla a ella he llegado a pensar que se trataba de mí. Sé que a mi hermana le ha sucedido otro tanto. Ni siquiera nuestros padres han podido distinguirnos. Es difícil entender semejante confusión si no se ha sufrido nada similar, pues parece sencillo detectar los límites de la propia persona.

Sea como fuere, hasta ahora siempre habíamos estado de acuerdo sobre el momento y las características de nuestros pactos. Por ejemplo, habíamos coincidido en el deseo de intercambiarnos el marido durante una semana. O el trabajo. Nunca había habido problemas después con la devolución de nuestras vidas o, por decirlo de otro modo, siempre había estado claro a quién correspondía cada marido, cada trabajo, cada casa o cada problema. Hasta ahora, insisto. Porque el asunto del embarazo ha trastornado las facultades mentales de mi querida hermanita que, estando embarazada yo, insiste en mantener la loca idea de que este embarazo es en realidad suyo, aunque no sea a ella a quien se le note. Dice que el hijo que yo llevo dentro le pertenece, que yo no soy más que el receptáculo en donde el bebé está creciendo y que, una vez salga al mundo deberé entregárselo a sus verdaderos padres, es decir a ella y a su marido. Y como siempre ha sido más hábil que yo con el lenguaje, ha convencido de semejante despropósito no solo a nuestros esposos y padres sino, lo que es peor y más grave aún, al ginecólogo y al mundo entero, que ha comentado su caso en la prensa y, aunque parezca mentira, se ha puesto de su parte. ¿O de la mía?

TITULAR: «Una japonesa da a luz al hijo de su hermana».